

Ponencia: ¿Es evaluable la creatividad?**Autor: Vicenç Altaió, KRTU****Mesa Redonda 2: “¿Cómo evaluamos la creatividad?”**

¿Qué es evaluar? Evaluar, es discernir, organizar, establecer unas pautas de lectura moral o estética, a partir de un canon sobreentendido. Es también una voluntad racional y científica, como si la ciencia fuera aséptica mientras que en la creatividad no hay espacio de juicio moral. Ha conseguido la creatividad la libertad suprema de poder decir, hacer, y pensar lo que ella quiera. No hay duda – desde mi posición que creo que es en estos momentos más o menos homogénea, aunque sea inestable – que este juicio parte del principio de la relatividad, no de la afirmación, y que vivimos una época, como en otros momentos de la historia ha habido, donde el valor de lo plural, frente al valor de la verdad única, se establece como un estado progresivo y favorable al conocimiento y a la hiper-relación, a los intercambios humanos culturales y artísticos.

Esto no siempre ha sido así, y vivimos permanentemente en una tensión entre lo que genéricamente podríamos llamar este orden, este caos, y aquello que es - en vuestros papeles - el modelo anglosajón, empírico, o el modelo al que llaman mediterráneo o platónico. Vayamos a ver cómo, sobre el conocimiento por ejemplo biológico, estas dos tendencias crearon en su momento dos imágenes sobre la creación de los seres humanos. Platón, por ejemplo, pensaba que la creación humana se producía porque había una sustancia de altísima calidad que se encontraba en el cerebro, que se licuaba, en el varón, por la columna vertebral y salía por el miembro viril. Aristóteles, por ejemplo, pensaba que la mujer no aportaba absolutamente nada a la generación humana y que sencillamente era un horno. Estas dos visiones científicas, por lo tanto, del principio de realidad y de ciencia, como pueden observar, con el paso del tiempo aparecen como una absoluta barbaridad. Nos sirven en cambio para entender cómo la capacidad metafórica de lo humano conlleva una capacidad de conocimiento. Desde este punto de relativismo, creo que nuestra época vive una doble tensión: por un lado la aceleración del espacio – tiempo, que llamamos el hiper presente, y por otro lado la acumulación de saberes distintos, que llamamos el hiper saber. Todo esto viene provocado, naturalmente, por la única – creo – metafísica real existente, y que existe, como creamos y observamos y como conocemos e inventamos, a partir de la tecnología, y no de la ideología, no del pensamiento. Es la *tecné* la que nos ayuda a comprender, a modificar y a crear la realidad. Y vivimos por lo tanto con una cierta dificultad, en estos instantes de hiper acumulación. Tener conciencia de la dificultad, igual que ser consciente de lo relativo, también tendría que ser el principal valor, sin el cual no hay conocimiento: sino, sólo hay de aquel que grita de más, como una voz suprema.

El otro día, leía el primer libro sobre medicina publicado en catalán, de un autor judío converso de nombre Alcañíz. Es importante observar el pasado en este sentido, para relativizar, y entender mejor nuestro presente. Este libro de Alcañíz es un tratado simple, vulgar, de cómo tratar la peste, y de golpe mi di cuenta que en el libro nos estaba hablando, de una forma que hoy uno no llega a captar, de cómo había tres estados de conocimientos. Al principio la gente pensaba que la peste era "aire podrido" que caía del cielo, ya que en aquella época todo venía del cielo... La palabra de la verdad fue dictada por Dios, que venía del cielo, en un libro que era impreso por Dios y del hemisferio celeste hacia la realidad. Por lo tanto, venía del macro, hacia lo micro. Y este aire podrido era interpretado por tres niveles de conocimiento.

El superior, lo teólogos, que consideraban que todo aquel que tenía una vida de concupiscencia y que bebía más de la cuenta era un pecador, y que su carne, que era el envolvente del alma, iba a podrirse.

El segundo grado de conocimiento eran los astrónomos, porque tal como he dicho, y de esto no hace más que cuatro días, todo lo que está escrito en el cielo se refleja en la tierra (las teorías de Ptolomeo). Es decir, eran las variaciones de las fuerzas geo-espaciales las que determinaban que se producían grandes contaminaciones en zonas precisas de la geografía terrenal.

Y el tercer nivel era el médico, la medicina – en aquel momento como saben, barberos y cirujanos –, que se estudiaba como forma de saber en universidades de alto conocimiento como Montpellier. Por lo tanto Alcañíz estuvo en cuatro núcleos de la cultura occidental con teorías propias de la época. Observó que este "estado teológico" no era verdad, puesto que no importaba si uno era noble o de condición baja, ya que si uno tenía una vida de rectitud moral o no, cualquiera podía enfermar. Tampoco daba valor a la epidemia como fenómeno superior, atmosférico. Con lo cual nuestro Alcañíz fue quemado vivo, y anteriormente su mujer, por decir una mentira, es decir por evaluar *mal* el conocimiento.

Pongo este ejemplo dramático - como podría llevar a otros más –, para observar, insistir, sobre cómo el conocimiento es relativo, es variable, cada época tiene lo suyo, y los conocimientos están en pelea permanente. Hay un darwinismo también en el conocimiento porque hay una voluntad de saber. En la racionalidad, no en lo que critico, hay una voluntad de conocimiento.

Estos días estuve en Buenos Aires y visité el museo de antropología. Es una forma de conocimiento hoy, la antropología social muy avanzada, lo que era el estudio de campo en aquel momento darwinista. Sin embargo hoy el edificio se cae, es como una tumba donde han crecido las raíces del pasado y donde se cae el conocimiento... Hay allí un espacio que se

titula "Ciencia", donde vi a tres objetos extraordinarios. El primero de ellos era una caja donde había 24 ojos, 6 por 4, que iban del color más claro al más oscuro. Ojos que nos miraban, que interpelaban nuestra forma de conocer y diagnosticar. Luego había al lado de ello un tipo de cepillo que iba con pelos, homogéneos, desde el más claro hasta el más oscuro. Luego había un "pantone", una carta de color, que servía para poner al lado de la piel. Es decir que lo que se llamaba ciencia era un grado de clasificación de lo humano por su parte más superficial: la piel, el color de los ojos, el color del cabello. Por lo tanto, insisto en que hagamos todo el esfuerzo de racionalidad que sea, pero tengamos en cuenta cómo hay que relativizar los métodos de conocimiento. Este es el reto, no decir este es nuestro canon, sino que nuestro canon debe partir de la voluntad de conocimiento y de la crítica permanente.

Miren, nuestra generación, los que somos de Barcelona y pertenecemos a la cultura catalana, en su momento no teníamos nada. La lengua había sido prohibida, nuestros autores los desconocíamos, y esto que fue un intento de genocidio sirvió luego también para pensar sobre la historia. Entonces los que éramos muy jóvenes nos acercábamos por ejemplo al poeta J. V. Foix, que era en su momento un hombre puente entre un Miró y un Dalí, entre la vanguardia histórica y los más jóvenes. Y en aquel momento, como la mayoría de los jóvenes, veníamos de la revolución del imaginario del mayo francés intentando recoger fuera de la racionalidad otros instrumentos del conocimiento: el sueño, el imaginario, la utopía. Y recuerdo que J. V. Foix – tendría unos 80 años –, me decía repetidamente: no te creas que porque llevas el pelo largo y las uñas sucias, serás más artista que los demás. Digo esto porque el principio de novedad estética es también un valor hoy como en otros tiempos lo era estrictamente el pasado.

Ya han visto que los ejemplos que los he puesto correspondían al pasado, para relativizar el fanatismo del hiper-presente en el cual vivimos hoy. Yo formo parte de una generación que, como todas, cree que su conocimiento, su nueva percepción, re-cambian, crean lo inédito, y que lo viejo se cae sin valor. Yo creo que esta dialéctica que la postmodernidad puso en tela de juicio bien vale la pena que la continuamos manteniendo. Pero voy a decir otra cosa: como antes he afirmado que la tecnología es una forma de metafísica, también voy a hacer un elogio permanente de lo nuevo y de la novedad, y de cómo esta novedad abre una puerta de conocimiento y se esparce hacia los demás en un periodo de tiempo breve. No hay forma posible de evaluar que no sea el conocimiento. La cultura, en el siglo XIX y hasta hoy, es un derecho, pero también es un *deber*. *Hay* que leer... No sólo hay que intentar establecer conexiones, y trabajar una cultura horizontal. Hay que leer, leer, y leer. Hay que andar, hay que tener una relación con la naturaleza. Hay que tener tiempos muertos, hay que investigar, investigar e investigar. Y naturalmente hay que vivir para transformar la vida en una forma de conocimiento...